

en su nueva y esplendorosa cátedra, en su tumba transformada en altar. Y él será el gran intercesor cerca de Dios, para dar a los sabios la única y verdadera sabiduría: la sublime sabiduría de la humildad y de la caridad de Cristo.

«Ningún universitario mejor que Ferrini—ha dicho el P. Gemelli—puede hablar con su vida un lenguaje elocuente a los universitarios..., porque él habla no sólo con sus palabras, sino con la elocuencia de una vida entera».

Porque Ferrini es santo. «Santo—son palabras de Su Santidad Pío XII—no como a menudo se lo figura el mundo: un hombre extraño a la vida terrena, incapaz, inexperto, tímido, irresoluto. No, Ferrini era un santo de su tiempo, del siglo del trabajo vertiginoso, del siglo en que la mente y la mano del hombre tienden a sojuzgar técnica y científicamente la fuerza operante de todo el universo sensible... Es el hombre de la realidad moderna, pero también el santo de la hora presente; el místico de la unión con Dios, en el que se había sumergido, y al mismo tiempo el místico, por así decirlo, del hecho y de la acción, de aquella laboriosidad que no es considerada, como al desconocer el orden divino, fin de sí misma o elevada a una especie de sustitutivo de la religión, sino que recibe estímulo y fuerza, dignidad y eficacia del Creador y Señor de toda verdad y no conoce más que un solo y altísimo fin: la gloria de Dios y el verdadero bien de la humanidad».

